



Pentecostés 2011

La solemnidad de Pentecostés es la culminación del tiempo pascual. El don del Espíritu lleva a su plenitud la misión de Jesús: su encarnación y su anuncio del Reino, su muerte, resurrección y ascensión al cielo. El Espíritu Santo es el don por excelencia del Salvador.

La gloria y el poder del Resucitado se derrama con el Espíritu Santo sobre los discípulos, para que confiesen ante los hombres a Jesucristo como Hijo de Dios y único Señor y Salvador.

Con la efusión del Espíritu Santo alcanza su cumplimiento una esperanza que está presente en todo el relato evangélico. El Espíritu desciende sobre Jesús en su bautismo en el Jordán, como narra Juan el Bautista, que añade este testimonio: *“El que me envió a bautizar con agua me dijo: ‘Aquél sobre quien veas que baja el Espíritu y permanece sobre él, ése es quien bautizará con Espíritu Santo’”* (cf. Jn 1, 32-33). Según el testimonio del mismo Evangelio de Juan: *“Aquel a quien Dios ha enviado habla las palabras de Dios y da el Espíritu sin medida”* (cf. Jn 3, 34).

Jesús mismo, en el último y solemnísimo día de la fiesta de las Tiendas, puesto en pie en el templo grita: *“Si alguien tiene sed, venga a mí y beba el que cree en mí. Como dice la Escritura: ‘Ríos de agua viva brotarán de su seno’”* (Jn 7, 37-38; cf. Is 55, 1-3; Ez 47, 1-12; Zac 13, 1; 14, 8). Y aquí el autor del evangelio comenta de nuevo con su habitual inteligencia espiritual: *“Decía esto refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyeran en él. Y es que aún no había Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado”* (cf. Jn 7, 39). Y una vez más, en el diálogo después de la última Cena, Jesús promete repetidas veces a los discípulos que no los dejará huérfanos, que no tienen por qué temer nada, ya que él rogará al Padre y éste les enviará en su nombre al Espíritu Consolador, que les enseñará todo y los guiará hasta la verdad plena; les recordará toda la vida de Jesús y los llevará a asumirla en profundidad, hasta el punto de convertirla en fuente de sus propias vidas.

La promesa de Jesús se ha cumplido. Elevado en la cruz, después de haber pronunciado la última palabra – *“Todo está cumplido”*–, Jesús, *“inclinada la cabeza, entregó el Espíritu”* (Jn 19, 30). Para el cuarto evangelio el momento de la muerte de Jesús es la hora en que actúa como El Viviente; inundado de la gloria del que ama hasta el extremo, entrega el don definitivo, el que da comienzo a los tiempos últimos: Jesús da el Espíritu Santo a la Iglesia que está allí, al pie de la cruz, representada por su madre y por el discípulo amado, y se lo da a toda la humanidad hostil o indiferente ante él. Como confirmación del cumplimiento realizado, el evangelista testifica que *“uno de los soldados le abrió el costado con una lanza y, al punto, brotó de su costado sangre y agua”* (Jn 19, 34), la sangre de la alianza y el agua signo del Espíritu.



Jesús quiere, sin embargo, que el don del Espíritu sea acogido conscientemente por su comunidad, dispersa en la hora de la cruz. Por esto la tarde del día de la resurrección se manifiesta a los discípulos encerrados en su propio miedo, vuelve a asumir el puesto central que le corresponde como el Señor y les anuncia la paz, que el mundo no puede dar. Y finalmente, después de haberles mostrado las heridas del amor, que permanecen indelebles en su cuerpo, *“exhaló su aliento sobre ellos”*, gesto que indica una nueva creación (cf. Gn 2, 7), *“y les dijo: ‘Recibid el Espíritu Santo’*. El don se da en orden a la misión esencial confiada por Jesús a la Iglesia: perdonar los pecados a todos los hombres, sin excluir a ninguno. Ciertamente *“el Espíritu Santo es la remisión de los pecados”*, como reza una bella plegaria litúrgica.

El relato de los Hechos de los Apóstoles muestra otros efectos del don del Espíritu Santo, que se manifiesta de forma visible e impresionante, bajo signos diversos. El signo del “viento recio”, que provoca una especie de tempestad, expresa el poder del Espíritu Santo.

Las lenguas de fuego manifiestan que el Espíritu da la capacidad de comunicar la palabra de Dios. *“Se llenaron todos de Espíritu y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, según el Espíritu Santo les permitía expresarse”*. Este hablar es un lenguaje de fuego, que inflama para transformar todo el mundo.

La escena siguiente manifiesta la acción del Espíritu destinada a reunir a todos los hombres dispersos en diferentes naciones y que hablan lenguas diversas. El Espíritu Santo viene a superar la división de las lenguas iniciada en la torre de Babel. El Espíritu no destruye las lenguas, su propósito es que las personas de todas las naciones entiendan el mensaje de los apóstoles. En consecuencia, la acción del Espíritu Santo restablece la unidad entre los hombres.

En la segunda lectura, Pablo dice algo semejante. Habla de los dones del Espíritu Santo e insiste en la unidad que el Espíritu lleva a cabo entre la diversidad de los miembros del Cuerpo de Cristo. El Espíritu promueve la unidad, porque es uno solo: *“Existen carismas diversos, pero un mismo Espíritu”*. El Espíritu promueve la diversidad, porque sus dones corresponden a las necesidades de cada uno, de la Iglesia y de todo el mundo. Pablo afirma que, así como el cuerpo, aun siendo uno, tiene muchos miembros, y todos los miembros, aun siendo muchos, forman un solo cuerpo, así es también Cristo. Todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo. Por eso debemos vivir en la unidad.

La causa de esta unidad es la confesión de la misma fe; decir: *“Jesús es Señor”*, bajo la acción del Espíritu Santo. Este Espíritu nos ha sido dado para mantener viva en nuestro corazón la enseñanza de Jesús y llevarnos con ella al conocimiento de la verdad completa. El Espíritu infunde en nuestros corazones el mismo amor que hizo a Jesús amar a Dios con todo su alma y ser fiel a su voluntad hasta la muerte. Así nos hace capaces de amar a los hermanos como Jesús los ha amado, hasta el extremo de dar la



vida por ellos. Quienes así amamos al Señor, y guardamos su Palabra, somos amados por Él y por el Padre, según su promesa, de tal manera que el Padre y el Hijo establecen su morada en nosotros por el Espíritu. Somos templo del Espíritu Santo. Y así, el Espíritu es la fuente de la unidad y del amor, por lo que todos conocerán que somos discípulos del Señor. De esta fuente brota nuestro testimonio de Jesús, tal como el Señor anunció: Recibiréis la fuerza del Espíritu y seréis mis testigos

El Espíritu Santo es el artífice de nuestra regeneración bautismal y de nuestra incorporación a Cristo como miembros de su Cuerpo; y nos edifica en Cristo como piedras vivas del edificio espiritual que es su Iglesia. Así, arraigados y edificados en Cristo, el Espíritu nos mantiene firmes en la fe y nos hace partícipes de la misión de anunciar el Evangelio en la forma que corresponde a nuestra vocación y estado de vida en la Iglesia.

Los fieles laicos tenéis una misión propia en la Iglesia en tareas de anuncio del Evangelio y de formación en la fe, en ministerios litúrgicos, en el servicio de la caridad y en la colaboración con los pastores en su función de gobierno. Pero tenéis sobre todo una misión específica en medio del mundo, para que el Evangelio inspire todas las realidades temporales.

En este Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar damos gracias a Dios por el testimonio de fe de los hermanos que habéis asumido con gozo el encargo de hacer presente el espíritu del Evangelio en la familia, en las actividades profesionales y en todos los ámbitos de la vida social. Arraigados en Cristo, sois enviados a anunciar el Evangelio al hombre de hoy, necesitado de salvación como el de otros tiempos. Y el Espíritu Santo os precede y acompaña en la acción evangelizadora. Os precede para hacer de vosotros mismos auténticos creyentes y testigos, configurándoos interiormente con Cristo en la oración personal, en la celebración de los sacramentos, en el ejercicio de la caridad y en el proceso de formación en la fe y en el apostolado.

La vida social en la que estáis llamados a ser testigos de Cristo está constituida no sólo por quienes no han aceptado el Evangelio, sino también por muchos bautizados que, por diversas causas, no han tenido experiencia del amor incondicional de Dios y viven sin referencia a Él y sin cuidar de forma suficiente su amor y servicio al prójimo.

Como es conocido, se ha incrementado el número de los que se confiesan creyentes pero viven al margen de Dios y sin cercanía a la comunidad cristiana. Ofrecen culto a los ídolos del dinero, del placer y del poder; no se preocupan de dar sentido evangélico a su existencia y ceden a la presión social del relativismo y del subjetivismo, por no haber encontrado la Verdad que les haga firmes en sus convicciones y capaces de mantener criterios propios y distintos de los que están en auge en la sociedad. Por ello, son muchos los bautizados que intentan hacer compatible su fe con el estilo de vida del mundo, al que no se sienten motivados a renunciar.



Carlos López Hernández

Esta nueva realidad social, cultural y religiosa debe impulsarnos a fortalecer nuestro testimonio evangelizador, implorando y acogiendo gozosos el don del Espíritu, que Jesucristo continúa enviándonos desde el seno del Padre. Que el “fuego” y el “viento huracanado” del Espíritu Santo nos santifiquen, nos libren del miedo y nos den fortaleza para salir al mundo a ser testigos de la plenitud de vida que Dios nos ha regalado en su Hijo Jesucristo.